



CAPITULO II

De viaje

APENAS tuvo tiempo Brambila para ponerse de dos saltos en su habitación. No quiso comer cosa, pues pensando que le faltaría tiempo para arreglar la salida se apresuró á llegar á donde le esperaba la que él había calificado de mujer celestial.

Ya había pasado la fuerza del aguacero; el sol, con cara de quien ríe y llora al mismo tiempo, se asomaba cautelosamente entre el toldo de nubes que le cubría; empezaban á secarse las piedras de las calles, y la luz arrancaba brillo de diamantes al agua aglomerada cerca de las banquetas; se reflejaba en los charcos haciéndoles parecer de fundida plata; estallaba en el charol de los coches de providencia aglomerados frente al zócalo; hacía aparecer fregoteada y llena de afeites la fachada

de las casas; renovaba el verde tierno de los arbolillos ayer apretados de polvo y de larvas, y hasta hacía relucir el pelaje de los caballos y el vestido de las gentes que pasaban á toda prisa.

El reloj de la Catedral, que señalaba la una y cinco minutos, hizo que Brambila se fijara en las torres de la inmensa construcción: la luz clara y limpia redoraba el color de la cantera, y dejando en la sombra las bóvedas negruzcas caía de firme sobre la pátina discreta, que viene á ser como las canas floridas sobre una cara moza y fresca. Enfrente se descubrían las casas del Empedradillo, los portales vetustos y la entrada de las calles de Plateros, que dejaban salir un río de gente de todos aspectos, de todos pelajes, con todas las fisonomías. Notábase que el tema de las conversaciones era el tiempo, pues hombres y mujeres señalaban el cielo, surcado entonces por unas cuantas nubecillas en flor que parecían pinceladas de blanco mate en un lienzo teñido de azul vivo.

Quiso el buen Brambila meterse por Plateros; mas como si el diablo lo hiciera, la corriente de los paseantes se dirigía á la Plaza; por lo cual, enfilando el callejón del Beso, salió á la Alcaicería y á Mecateros y por Vergara llegó hasta la vecindad de Guadalupe.

Era la hora de la comida y casi nadie se encontraba fuera de su cubil; sólo un vejete bajo de cuerpo, con toda la cara afeitada y en la cara una nariz de gancho y unos

ojuelos maliciosos y truhanescos, daba vueltas en el zaguán como en espera de algo que había de venir. Hacía calor, pues ya empezaba á vaporizar el suelo, y sin embargo, el tío aquel estaba cubierto con una capilla con vuelos de nutria semejante á su barba, que sugería la idea de estar raspada con un yidrio; fijándose en aquella barbilla singular se le veían cuamiles de pelo y claros segados á rape, completándose el conjunto con un revoque de polvo rojizo, que era como ripio en aquellas hendeduras que habían abierto el tiempo y la enfermedad. Con la cabeza sumida entre los hombros, la mano izquierda cogiendo los extremos de la capa, un cigarrillo en la derecha y la voz chillona y expedita, el vejete se dirigió al que llegaba:

— ¡Hola, don Pepe, que tenga buenos días! ¡Qué tarde la corrió, amigo! ¡Muy bonitas horas, muy bonitas horas de llegar á su casa! Apenas es el primer niño y ya se permite usted venir á la una y pico á pasar lista. ¿Qué deja para cuando lleve veinte ó treinta años de coyunda como lleva este amigo que le habla?

— No llego ahora, don Manuelito; vuelvo después de haber salido muy temprano al arreglo de un negocio. Por señas que todavía no tengo en el cuerpo un pocillo de chocolate.

— Pues á hacer por la vida, amigo, que es el único goce del pobre. ¿No le parece?

No respondió Brambila, sino que se coló de rondón hasta su cuarto, que por cierto tenía las puertas entornadas. De pronto no pudo orientarse; le cegaban al mismo tiempo la obscuridad, que era antítesis viva de la luz insolente de la calle, y una humareda que salía por el



único hueco que denunciaba comunicación con el mundo exterior. Una vieja (se le conocía en la joroba y en el andar vacilante) zarandeaba entre los brazos un bulto blanco que lanzaba chillidos potentísimos, y una voz de mujer repetía desde el lecho: «Ya, ya, chiquitito, ya».

— Todo listo, Cristina, hijita, exclamó el recién llegado arrojando de golpe la capa en una silla de tule que

le impedía el paso. Todo listo, mi vida, dijo sentándose en la cama y cogiendo la barbilla de la criatura celestial. ¿Qué te parece? ¡Si bien decías tú! Nuestro fin era bueno y Dios había de ayudarnos.

— ¡Bendita sea nuestra Madre santísima de Guadalupe! exclamó la mujer con arranque místico. ¿Conque todo arreglado? Pues, cuéntalo, hijito de mi alma, que estoy que no me aguanto de ganas de saberlo todo.

— ¡Pero, hombre, por Dios, qué va uno á contar con este mamón que chilla como becerro!

— Ya se calla... ¡Pobrecito de mi hijo! tiene una hambre que se parece á la que su papá gasta de costumbre... Ya, ya, chiquitito, ya... Y á todo esto, vida mía, ¿te desayunaste ya?... Mézalo, Micaela, mézalo... Mejor, démele acá, que conmigo se está quietecito... Agú, agú, chiquitito. ¡Cómo conoce ya á su madre este rey de la tierra!... ¿Qué quiere mi encanto? ¿Quiere su papa?

Y sacó de la blanca camisa un globo lácteo y rosado, introdujo el pezón en la boca del crío, que se esperezó satisfecho y feliz; y cuando trajo la comida la bruja Micaela, que hacía al andar por el enladrillado un ruido que se parecía al de los perros que tienen las uñas largas, José habló de este modo:

— Ante todo, déjame enseñarte esta prueba de que las cosas marchan á pedir de boca.

Y alzó por los aires lentamente y con ademán de sacer-

dote que muestra la custodia á la admiración de los fieles, la onza de oro que había recibido de don Guillermo.

— ¡Ay, vida mía, qué bueno!

— Y es lo de menos: me revestí de valor y le conté ce por be toda nuestra historia al señor administrador de correos.

— No, tú, ¡qué vergüenza! ¿Qué diría ese señor! exclamó la muchacha tapándose el rostro con el embozo de las ropas.

— Todito se lo canté, y como él conoció á mi padre y según parece le caí bien, me ofreció colocarme, me figuro que de escribiente supernumerario ó cosa así.

— ¡Bendito sea Dios, tú! No me canso de darle gracias á la Divina Providencia. Pensar que podíamos haber caído en poder de ese cambujo indecente; te juro que me pone furiosa.

— No me hables de él, te lo suplico. Algún día nos veremos las caras, y entonces...

— No seas tonto, Pepe; si haces planes para el porvenir, hazlos para que seamos muy dichosos, nunca para vengarte de nadie. Al infame, Dios lo castigará sin que tú tengas que tomarte ese trabajo.

Dió la que estaba en el lecho nuevas muestras de alegría al saber los detalles de la conferencia, é inmediatamente hizo ademán de levantarse para organizar los preparativos de la salida; y el hombre, que sentía in-

mensa comezón de avisarle á alguien el nuevo giro que tomaba su vida, salió y habló largamente con don Manuelito, que seguía paseándose en el zaguán.

— Así me gusta, ciudadano, así me gusta. ¿Conque vamos á ser compañeros? Choque usía, choque, que me tenía un poquito desazonado el marcharme solo; pero si voy en compañía de un vecino y de un amigo, me río de la suerte... ¡Qué gusto, qué gusto no quedarme en México por no ver las cochinas de los malditos traidores! Ya verá usted que nos la vamos á pasar chichona. Trabajitos los habrá, quién lo duda, pero en cambio, cuando volvamos por acá, pocos se nos han de hacer los faroles para cargarles con cuerpos de *sinvergüenzas*. ¡A la linterna! hemos de gritar, y á la linterna han de ir desde el indio Almonte, el viejo Gutiérrez y el canallón de don Pelagio, hasta el último escribiente de la mayordomía de propios. Y usted y yo y todos los buenos, podremos decir lo que dice Guillermo Prieto en unos versos muy chulos que publicó *La Chinaca*:

Yo no asistí de México á la afrenta;
Con su rencor me honró la tiranía.

— Pues con ese, don Manuelito, con ese mismo don Guillermo me marchó hasta donde sea menester.

— ¡Magnífico, pollo, magnífico! Me gusta usted, por esa cabecita tan elegante, para que funja de acusador en

el comité de salud pública que estableceremos á nuestro regreso. Y luego, como quien nada dice, á mí, que soy de hacienda, me darán alguna jefatura, la Aduana de México ó la Dirección de Contribuciones... A usted, que va por correos, una administración de importancia: quizás la de Guadalajara, quizás la de Puebla, quizás la de México mismo.

— ¿Y á dónde vamos?

— ¿Pues á dónde hemos de ir, amigo? Al interior, al interior donde están los leales, los patriotas, los honrados: al interior.

— ¿Y por qué no nos defendemos aquí como en Puebla?

— Porque sería dar dado; porque ni están concluídas las fortificaciones, ni hay parque suficiente, ni tenemos la artillería que fuera menester: en fin, porque todo anda mal por falta de tecolines... Pero no salimos fugitivos; ¡qué capaz de la mañana! Salimos como sale el poder superior de una nación que encuentra dificultades en la ciudad de su residencia y se resuelve á trasladarse á otro lugar donde sabe que será bien recibido. Dicen que nos marchamos á San Luis, á San Luis de la patria: bien hecho; allí hay ciudadanos que entienden sus deberes y que no dejarán perecer al Gobierno.

— Pero les dejamos todos los elementos á los franceses, y eso...

— ¿Dejar? ¡Qué les vamos á dejar, hombre! Dinero,

municiones, artillería, tropas, todo está fuera de la capital sin que falte nada. Les dejamos la capital, les dejamos México, y aunque armen más boruca que puerco atorado, nosotros sabemos y ellos saben que no son dueños más que del terreno que pisan... Y luego, nos vamos personas así, de á pilas, una barbaridad: nosotros sí que podemos decir como el zapatero aquel: «adiós, Madrid, que te quedas sin gente».

— Bien dicho, don Manuel, bien dicho.

— Ya verá usted, ya verá. Cuando empecemos...

— Dispéñeme, don Manuel; vuelvo en seguida.

— Vaya, hombre, vaya.

Y mientras Brambila se metía á su cuarto, el de la cara veteadada de rosa cantaba entre dientes:

Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est levé ..
L'étendard sanglant est levé...

Ya estaba en pie la muchacha, que era bajita de cuerpo, redondita, de hermosos ojos garzos, de pelo castaño, blanca, de rostro hoyuelado y de andar garboso y firme. Era una linda criatura, aunque quizás algún exigente hallara excesivo aquel mote de celestial, que Brambila repetía poniendo en blanco los ojos.

La vieja, la desgñada que hacía sonar en el suelo las uñas largas como de ave de rapiña, cogía el colchon-

cillo, lo metía dentro del almofrez, rellenaba éste con las dos mudas que ocupaban el baulito verde que se parecía en el rincón del cuarto, repitiendo mientras trajinaba, con aire de profunda convicción:

— Pos es gana caminar con este inocentito, isponerle á esos caminos y hacer que á esta luria le venga por allí un flujo que ni quien se lo quite... ¡Bendito sea el Señor que les hizo tan chiflados!... No se mueren tantas del parto ni de los achaques, como de las resultas... Pero allá ellos; debían preguntárselo á la facultativa, que les diría lo que habían de hacer, no que hora...

Los amantes hablaban en un rincón del cuartucho, mientras dirigían el empaque de los bultos. El hombre salió dos ó tres veces á la calle para cambiar la onza de oro, comprar lazos y llamar á un cargador que llevara el equipaje á la casa de diligencias. Al volver se encontró á don Manuelito con el paño al púlpito y dueño de la voz informativa.

— Le esperaba, dijo, porque quiero que nos vayamos juntos: para nosotros no habrá diligencia y apenas si la alcanzarán las señoras. A las cuatro salió la familia de Juárez, que camina con Santacilia, el escritor, yerno del Presidente. Don Benito se quedó porque quiso asistir á la clausura de la Cámara, donde dijo un discurso muy templado: que no hay que amilanarse, que esto pasará, que no hay por qué perder la moral. Lerdo de Tejada le res-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO